

A través del espejo

El cocodrilo como medio de locomoción

Hugo Hiriart

No es sin cierta contenida emoción que vuelvo después de tantos años al asunto de la monta del cocodrilo que, en mi inquietud cuanto turbulenta juventud, desarrollé por extenso en varios escritos. Añado a esas minuciosas informaciones, hoy difíciles de recuperar, algunas otras sueltas que ido espulgando aquí y allá.

PROLOGO.

Bebí hace años un domador que aseguró haber presentado años antes en Europa un número con veinte cocodrilos amaestrados.

—No sabía que el cocodrilo pudiera domesticarse—, comenté asombrado.

—No —respondió sonriendo—, claro que es imposible... El caimán es bestia muy primitiva, ¿no has oído la expresión “cerebro de reptil”?

—¿Entonces?

—El secreto residía en que los cocodrilos son animales de sangre fría, bajábamos la temperatura y quedaban inmóviles, congelados. El mérito estaba —añadió con desdén— en el control de la calefacción, y era pues rara muestra de uso artístico de la calefacción.

I

Del naturalista inglés Charles Waterton nos ha dejado un admirable retrato Edith Sitwell en su libro *Excéntricos ingleses*: era hombre valiente que amaba tiernamente a todos los animales con excepción de la rata de Hannover; su infatigable curiosidad lo llevó en otras muchas cosas a dormir con una serpiente boa, “no puedo decir que me concedió una noche tranquila”, confiesa, o encaramarse a los ochenta años “como un gorila joven”, donde se posaban algunos pájaros interesantes. El episodio de la monta del cocodrilo (*monstrumhorrendum*, informa Waterton) es histórico; el jinete da la noticia de que cuando subió en el animal éste se hallaba “en un estado de

miedo y perturbación” del que todo indica que el caballero logró librarlo durante su paseo.

II

El barón Mosca ha dejado instrucciones acerca del vestuario justo, apropiado, para cabalgar sobre un cocodrilo. Dice así:

Se calzarán botas altas de cuero rojo y espuelas de plata recamada. La casaca ha de ser de terciopelo verde y la camisa de seda blanca. El pantalón será de pana marrón y en el bolsillo derecho guardará un pañuelo de seda gualda. En la mano diestra se llevará la fusta. No llevará reloj de ninguna clase. El tocado será, quién lo duda, chistera negra. Con este atavío se monta el cocodrilo y se dirige el jinete a donde quiera dirigirse; no encontramos nada más importante, sin embargo, que exigir con severidad que el jinete todo el tiempo vaya mostrando completa tranquilidad, sonriendo confiado, y que en ningún momento dé muestra alguna de inquietud o preocupación, mucho menos de temor.

III

En tiempos recientes, tal vez debido al desarrollo del automóvil, aeroplano, motocicleta y esas cosas, se ha descuidado el perfeccionamiento del cocodrilo como medio de transporte. Pero no siempre ha sido así: viejas tradiciones atestiguan que los intentos en este sentido han sido reiterados. El príncipe Bacamar, por ejemplo, viajó a la luna montado en un caimán y desoyó así el precepto religioso de su pueblo, los pongomongo, que decía “nada nacido de huevo ha de usarse como cabalgadura”, por esa desobediencia a su vuelta fue sentenciado a morar en una charca, de donde lo libró, como todo mundo sabe, su fiel co-

codrilo Pipo Covarrubias, y lo llevó a la isla de las flores de terciopelo, donde casó con la hermosa reina Galamandra, de cabellos de lino, ojos de gacela, cuerpo elástico y escueto, como de leona, pero esta suntuosa reina perdió la razón, veleidosa, que tenía por comer una manzana azul y, como era docta en hechicerías, transformó al príncipe en piedra pómez, penosísima situación de la que volvió a rescatarlo su fiel lagarto Pipo Covarrubias que devoró a la bella reina Galamandra, ya demenciada, y logró con la ingestión que el príncipe Bacamar recobrara su antigua condición y pudiera viajar al país de los enanos de gelatina donde Pipo Covarrubias, el fiel cocodrilo, devoró el sagrado faisán dorado, con vivos colorados y azul cielo, y fue sentenciado a ser echado vivo a la hoguera de leña verde, pero, como está bien averiguado, fue salvado *in extremis* por el príncipe Bacamar mediante el conocido ardid del cetro de zafiro y ambos se dieron a la fuga, el príncipe montado en Pipo Covarrubias, desde luego, y lograron huir de la furia de esas gentes, cruzaron luego el mar y llegaron a la tierra de los cangrejos de fuego donde las montañas hablan en chino, lugar donde, como se sabe, el príncipe Bacamar y Pipo Covarrubias, su fiel caimán, vivieron sus más deslumbrantes aventuras...

IV

“Los egipcios, escribe R.T. Rundle Clark en *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, miraron en las estrellas representaciones de sus figuras mitológicas. Entre ellas estaba un cocodrilo encaramado en el lomo de un cocodrilo”... Y esto es precisamente lo que faltaba: el caimán harto de ser bestia de carga se convierte, arriba, en el limpio firmamento de las constelaciones, en jinete. Y con esta brusca invasión, damos por terminadas estas indagaciones. ■